



El asesino solitario

Quien diga que el asesino de Colosio fue Mario Aburto todavía incurre en sacrilegio. Pero es lo que dicen los hechos investigados por los dos fiscales del caso que no se dedicaron a probar la certidumbre conspirativa nacional sino a restituir lo sucedido y a despejar las dudas innumerables de testigos, periodistas y charlatanes.

Mario Aburto mata a Colosio y no sabe decir por qué. Nadie logra sacar de él un motivo, un cómplice, el menor indicio de un eslabón hacia atrás o hacia delante de una conspiración asesina.

Quien lea los interrogatorios de todo tipo, persuasivos y violentos, legales y patibularios, practicados sobre Mario Aburto, entenderá que los motivos del asesinato de Colosio residen en el carrusel solipsista de su cabeza. En el capítulo 8 de *La tragedia de Colosio* (Planeta, 2009) he transcrito pasajes suficientes de esos interrogatorios.

Hasta que Mario Aburto aparece en escena, los actores del drama son las élites políticas del país. De algún modo, todos viven en palacio, son el círculo más alto del poder.

Mario Aburto vive en los márgenes de la fiesta, en el anonimato y la precariedad, la migración económica, la semieducación, el semiempleo.

Casi nada une el mundo donde se agita

Colosio y el mundo donde Mario Aburto sueña su turbia grandeza. Un inesperado rasgo común entre ellos es la obsesión por la prensa.

La prensa encandila a Mario Aburto tanto como atormenta a Colosio. Más allá de ese vínculo extraño, Colosio y Aburto son universos aparte.

La fama del alzamiento de Chiapas y de sus personajes reflejados en la prensa, llenan por igual la cabeza de Colosio y la de su homicida. Aburto dice una y otra vez a sus

interrogadores que lo único que busca es evitar otra rebelión como la de Chiapas.

Aburto entra en el mundo donde vive Colosio como un rayo en cielo despejado. Su acción convierte en tragedia lo que de otro modo habría sido sólo una colección de equívocos y forcejeos políticos.

No ha querido matar a Colosio, dice, sólo herirlo, para llamar la atención de la prensa. Y cuando dice el nombre de la única persona con la que quiere hablar, el nombre que pronuncia es el de Manuel Camacho, paradigma de notoriedad en la prensa por la pacificación de Chiapas.

Aburto quiere estar en la prensa, pacificar su país, resolver Chiapas, volverse noticia. En las brumas de su cabeza cree que puede lograr esas cosas pegándole un tiro a otro. Aburto es un hijo idiota de las reglas no escritas de la violencia y la fama de su tiempo. ■■

acamin@milenio.com

